

## **Decimoctavo Domingo del Tiempo Ordinario A2020**

Las lecturas de este domingo nos hablan de la importancia del alimento espiritual. Nos muestran que Dios alimenta a los que tienen hambre y apaga la sed de los sedientos. Nos invitan también a desear el alimento que viene de las manos del Hijo de Dios.

La primera lectura recuerda la profecía de Isaías que describe la generosidad de Dios que alimenta al necesitado y da agua al sediento. Muestra en particular la invitación de Dios a su pueblo para que venga, tome trigo y beba leche sin pagar. Expresa también la intención de Dios de renovar la alianza con su pueblo y su deseo de que ellos le escuchen para que tengan vida en abundancia.

Lo que este texto nos enseña es que Dios es la fuente de todas las cosas buenas que la gente disfruta en el mundo. Otra idea es que debido a su obediencia, Dios asegura las necesidades de los que le escuchan. La última idea es una advertencia contra la locura humana de gastar el dinero con las cosas que no proporcionan beneficio al bienestar humano.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio en que Jesús hace el milagro de la multiplicación del pan. En primer lugar, el Evangelio dice que, una vez que Jesús supo de la muerte de Juan el Bautista, se retiró en una barca a un lugar desierto.

Al escuchar esto, la gente lo siguió por tierra desde las ciudades circunvecinas. Al ver a la muchedumbre Jesús se compadeció de ella y curó a sus enfermos.

Cuando llegó la tarde, sus discípulos le aconsejaron que despidiera a la muchedumbre de modo que pudieran ir a los pueblos y comprar el alimento para comer. Como reacción, Jesús rechazó el consejo y pidió que ellos mismos los alimentaran.

Pero, los discípulos alegaron que no tenían suficiente alimento excepto cinco panes y dos pescados. Contra toda expectativa, Jesús ordenó que la muchedumbre se sentara sobre el pasto. Entonces, tomó los cinco panes y los dos pescados; los bendijo, rompió los panes y lo dio a los discípulos que, por su parte, los distribuyeron a la muchedumbre. Cada uno de los presentes, casi cinco mil hombres sin contar a las mujeres y a los niños, comió y se sintió satisfecho. Al final, los discípulos coleccionaron doce cestas de mimbre.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar del deber cristiano de sentir cariño por los demás. De hecho, una de las constantes que nos definen como seres humanos es el espíritu de previsión. El espíritu de previsión nos conduce a hacer planes en vez de realizar las cosas al azar, a prepararnos en vez de improvisar, a proyectarnos hacia el futuro en vez de ser sorprendidos por los acontecimientos, de estimar el resultado final de lo que hacemos en vez de ser abrumados por el costo, etc.

Es cierto que el espíritu de previsión es beneficioso porque elimina el riesgo a fracasar. Sin embargo, este espíritu puede ser tan meticuloso que puede conducir a la lógica del egoísmo; porque si todo es planeado, se puede llegar a contemplar solo las necesidades del que planea. Si entonces, por casualidad, hay una necesidad suplementaria que no fue contada en el primer plan, la previsión corre el riesgo de estar en problemas.

Es exactamente lo que sucedió a los discípulos. Habían preparado solamente cinco panes y dos pescados para ellos. Pero, ahora que tenían que afrontar a las cinco mil personas, no sabían qué hacer. Humanamente hablando, era imposible alimentar a toda la gente a menos que se comprara alimento en los pueblos circundantes. Para Jesús, era lo contrario, ellos tenían que darles de comer.

¿Pero cómo es posible? Para Jesús, en efecto, es posible sólo si salen de la lógica del egoísmo y entran a la lógica de la providencia. La lógica del egoísmo que es generado por el espíritu de previsión está basada en el cálculo humano; la providencia, por el contrario, está basada en la generosidad de Dios que va más allá del cálculo humano.

No se está desmintiendo la importancia del espíritu de previsión. El problema es que el espíritu de previsión por sí solo no es suficiente si no es recompensado por la providencia de Dios. Al contar sólo con el espíritu de previsión es como decir que el hombre es su propio maestro y el éxito de sus esfuerzos depende solo de él.

Sin negar el espíritu de previsión, cuando contamos también con la providencia de Dios, el éxito es posible. De hecho, una vez que los discípulos contaron con la providencia de Dios, pudieron alimentar a las cinco mil personas y aún así tener algunas canastas de más. Una vez que entraron la lógica de Jesús, el poco alimento que tenían fue multiplicado mil veces.

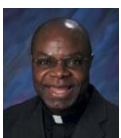
Además, el espíritu de previsión crea el miedo de dar a otros, porque lo que poseemos no es bastante para cada uno. Pero, cuando actuamos empujados por el espíritu de la providencia, hasta lo poco que demos, Dios puede multiplicarlo y hacerlo grande. Es lo que sucedió a los discípulos cuando Jesús multiplicó los panes y el pescado que tenían. Por eso, tenemos que entender que lo que damos, por muy poco que pueda ser, Dios siempre puede hacerlo crecer. Por esta razón, no deberíamos estar avergonzados de dar porque es demasiado pequeño o demasiado poco. Después de todo, lo que cuenta no es la cantidad de lo que damos, sino el corazón que da. Esto es cierto también para nuestras ofrendas en la misa.

El punto de Jesús, en efecto, es que sentimos cariño uno por el otro y que compartimos lo que tenemos con los que no tienen nada. Esto no tiene nada que ver con el socialismo, pero con la caridad cristiana que nos obliga a hacer a los otros lo que queremos que hagan con nosotros y que también reconozcamos la presencia de Jesús en los necesitados. Esto tiene algo que ver con la solidaridad cristiana que reconoce que, si Dios nos ha bendecido, es para que nosotros nos hagamos también una bendición para los otros.

Finalmente, es la lógica de la providencia que está en el centro de la Eucaristía. De hecho, en la Eucaristía, Dios nos alimenta con el pan de vida, más allá de cualquier cálculo. En este sentido, la multiplicación del pan es el símbolo de la Eucaristía. Como el pan alimenta el cuerpo, la Eucaristía alimenta nuestras almas. Esta es la razón por la que San Mateo describe la multiplicación del pan con las mismas palabras que usamos para la consagración en la misa: “tomando los cinco panes y el pescado, él los bendijo, los partió y los dio a los discípulos...”

En esta perspectiva, la Eucaristía es el sacramento del compartir por excelencia. Es una invitación de compartir nuestro pan material con nuestros semejantes en la necesidad y de sentir cariño los unos por los otros. ¡Que Dios los bendiga a todos!

**Isaías 55: 1-3; Romanos 8: 35, 37-38; Mateo 14: 13-21**



Fecha de la Homilía: el 02 de Agosto, 2020  
© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20200802homilia.pdf